

Correspondencia familiar

Año 1952	Suplemento de LIRIOS <i>(Exclusivo para las aliadas)</i>	Núm. 2
----------	---	--------

¡Virginidad angélica!

Un ejemplo que imitar

POR afortunada y dulcísima coincidencia comenzamos estas cuartillas, después de rezar en el breviario el oficio de Santa Úrsula y sus compañeras vírgenes y mártires, cuya fiesta celebra hoy la Iglesia.

A mediados del siglo V, cuando aquel ferocísimo caudillo de los Hunos, Atila, saqueando y destruyendo bárbaramente cuanto hallaba a su paso, atravesaba las Galias para regresar a Panomia, quiso saciar su diabólico furor en la nobilísima ciudad de Colonia, donde estaba floreciente la religión católica y a donde se habían refugiado legiones de vírgenes que venían huyendo de otros países.

El ejército de bárbaros, ebrios de sangre y de lujuria, se lanzó sobre aquella multitud de jóvenes angelicales, para saciar en ellas su furor y sus innobles apetitos. Mas la gloriosa falange, capitaneada por la ínclita y heroica Úrsula, supo resistir el ímpetu brutal de los Hunos, con la valiente consigna en sus labios de: «antes muertas que manchadas».

Ante aquella fortísima resistencia de la numerosa grey del Divino Esposo, la vil soldadesca de Atila, con saetas,

palancas y otros instrumentos cayó inhumanamente sobre ellas, martirizándolas a todas cruelísimamente.

¡Qué portada tan bella y rica, amadísimas aliadas, para este humilde trabajo que os dedicamos en nuestra familiar e íntima correspondencia!

¡Qué gloria, qué grandeza, qué hermosura, qué labor y qué fragancias divinas tiene la virginidad desde la cuna de la Iglesia!

En aquel campo virgíneo, enrojecido por la sangre de las gloriosas mártires, se levantó a mediados del siglo VII, una gran Basílica para monumento y relicario de sus cuerpos virginales, donde se prohibía enterrar a ningún otro cadáver, por especial respeto y reverencia a ellos.

Y vírgenes *aliadas* eran ellas, pues, justamente por entonces, se estaba iniciando en la Iglesia naciente la vida monástica, y la virginidad, fruto de la siembra de aquellos Padre apostólicos, era reconocida por el pueblo cristiano como una clase social distinta, alabada y bendecida por la Iglesia.

La Alianza tiene en esta gloriosa legión una interesante lección que aprender, a saber: un extraordinario amor a su virginidad, cuya defensa exige estas dos poderosas armas: la saeta inflamada, aguda y velocísima de la oración y la formidable palanca de la mortificación.

Ante todo, la oración

La virgen es alma consagrada a Dios, es santuario dedicado y reservado exclusivamente para la divinidad, y, aunque vive en medio del mundo, ningún elemento profano lo puede ocupar.

La oración es el culto principal y más frecuente de este santuario. Si este fuego se apaga y ya en él no se quema el in---

cienso, ese santuario es un templo solitario, frío y sin culto.

La oración es incienso, es fuego, es culto, es vid. Una virgen sin oración es una lámpara sin luz. La flor de la virginidad, sin el continuo riego de la oración, se seca y cae.

En vuestras distribuciones sacrificad cualquier otra ocupación o acto, antes que la oración, sálvese la oración, aun a costa de otros sacrificios. El deber profesional y del oficio no se debe dejar; pero la hermanita no debe cargarse excesivamente con otras ocupaciones libres, con menoscabo del tiempo necesario para vacar a la oración. Sagrado llamaríamos el tiempo que se destina a la oración, por ser ésta una ocupación sagrada y divina.

«Conviene orar y nunca faltar a ella».

Con ella, la mortificación

La segunda defensa de vuestra virginidad es la resistente palanca de la mortificación.

Entre el regalo y los placeres de la carne la virginidad se asfixia y muere. La virginidad es lo más espiritual, y no sufre rodearse de sensualidad y de apetitos de la carne. Al contrario, para que triunfe la misma carne, en la que aquélla está como presa, conviene hacerla espiritual por la penitencia y la mortificación.

La virtud angélica no admite ser dominada por la bestia baja y grosera de la carne.

No basta ser soltera para ser virgen. Hay muchas solteras que, cabalmente por ser solteras o sueltas, viven más libres y anchas, gozando disimuladamente de todo cuanto sus sentidos y su concupiscencia alcanzan.

«Yo voy corriendo... y peleo, no como quien tira golpes

al aire, sin tocar al enemigo cuerpo, sino que castigo mi cuerpo rebelde y lo esclavizo, no sea que venga a ser réprobo. (I. Cor. 26-27)».

Vuestra consigna

Consigna de este trienio, aprobada en las Asambleas Locales, es la austeridad de vida en que la Alianza debe distinguirse y sobresalir notablemente contra la vida muelle, regalada, ligera, festejada, libre, suelta, promiscuada y refinadamente dispuesta para gozar, a que el siglo, envenenado de sensualidad, quiere arrastrar a nuestra juventud.

Y su fin diabólico es asfixiar y extinguir todo germen de virginidad, y despertar en la carne toda clase de bajas pasiones y apetitos inconfesables, que hacen imposible la guarda de la más elemental y moderada continencia cristiana.

Vuestro lema VIRGEN EN LA PUREZA, tan viejo como la Obra, nos obliga hoy a desentrañar todo su significado y todo su alcance, para salir nosotros valerosamente contra tales despropósitos.

Cultivamos y predicamos la pureza, pero no sólo en su moderado sentido de continencia y castidad general cristiana, sino hasta en las sublimidades y encantos angélicos y divinos de la virginidad.

EN LA PUREZA VIRGEN, no significa pureza a medias o pureza que quita el deshonor, pureza de la carne, sino pureza total, espiritual y corporal, pureza celestial, pureza de virgen, pureza de ángel. Estas son las alturas a que la Alianza aspira, y no desde ahora, sino desde su cuna.

EL TRIUNFO DE LA PUREZA se titula uno de nuestros libros, porque el mundo y su ambiente no alcanza a más:

nosotros, al decir EN LA PUREZA VIRGEN, buscamos franca y denodadamente el triunfo de la virginidad en la Obra y aun fuera de la Obra.

Y esto, amadísimas aliadas, pide una severísima vida de austeridad. No todo lo que es lícito a otros es conveniente a nosotros.

Nuestra gloria en la Alianza está en la gloria de la virginidad. Y esta gloria se nos ofrece a nosotros con caracteres especiales, porque trabajamos por ella en medio de un mundo inmoral y corrompido.

Lo que vemos, lo que oímos y lo que tocamos, todo está manchado. De ahí la necesidad de que toda aliada lleve una vida austera y mortificada. «No le es lícito ver lo que no le es lícito desear».

Guardad primero vuestros sentidos, para que guardéis también vuestro interior.
